

Break My Soul (please don't). El acontecimiento de la Gran Renuncia y la política de los afectos*

Break My Soul (please don't). The event of the Great Resignation and the politics of affectivity

Juan Evaristo Valls Boix**

ORCID ID: 0000-0001-8777-388X

doi: 10.20318/labos.2024.8746

Resumen: El propósito del siguiente artículo consiste en analizar el alcance político de la Gran Renuncia como acontecimiento social. Pese a la tendencia generalizada a relativizar la importancia de este fenómeno, este artículo defiende el valor de la Gran Renuncia como revolución afectiva y resistencia contra la explotación emocional y el gobierno del deseo que caracterizan el trabajo y la productividad en la sociedad neoliberal. Sostiene que en este acontecimiento se articula un deseo postcapitalista (Fisher) o una retirada del deseo (Berardi) que están en la base de una nueva política afectiva y una subjetividad no neoliberal, y que The New York Times ha denominado “anti-ambición”. El surgimiento de esta nueva sensibilidad se desarrolla a través de otros acontecimientos como las huelgas feministas o el movimiento chino Tan Ping, una constelación de protestas y activismos que da cuenta de un movimiento social hacia una politización del malestar y la invención de una forma de vida más allá de su diseño, no colonizada por el trabajo. Las pasiones medias como la placidez, la pereza y la calma se tornan clave en esta nueva gramática de los cuidados y el deseo postcapitalista.

Palabras clave: Capitalismo emocional, tercer inconsciente, renuncia, subjetividad neoliberal, pereza, cuidado

Abstract: The aim of this paper is to analyze the political scope of the Great Resignation as a social event. Despite the widespread tendency to relativize the importance of this phenomenon, this article argues for the value of the Great Resignation as an affective revolution and resistance against the emotional exploitation and the government of desire that characterize work and productivity in neoliberal societies. It argues that this event articulates a post-capitalist desire (Fisher) or a

*Una primera versión del presente texto se ensayó como intervención oral del Seminario de Derecho del Trabajo organizado por el Departamento homónimo de la Universidad de Valencia titulado “Dos perspectivas sobre la Gran Dimisión”, celebrado en la Facultad de Derecho de dicha universidad el 23 de marzo de 2024.

**Este artículo forma parte del proyecto de investigación PID2020-117069GB-I00 “Pensamiento contemporáneo posfundacional. Análisis teórico-crítico de las ontologías contemporáneas de la negatividad y la cuestión de la violencia del fundamento”, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

withdrawal of desire (Berardi) that is at the basis of a new affective politics and a non-neoliberal subjectivity, which The New York Times has called “anti-ambition”. The emergence of a new sensibility is developed through other events such as the feminist strikes or the Chinese Tan Ping movement, a constellation of protests and activisms that account for a social movement towards a politicization of discomfort and the invention of a way of life beyond its design, not colonized by work. Medium passions such as placidity, laziness and calm become key in this new grammar of care post-capitalist desire.

Keywords: emotional capitalism, third unconscious, refusal, neoliberal subjectivity, laziness, care.

1. El acontecimiento de la Gran Renuncia

La Gran Renuncia o Gran Dimisión (*Great Resignation*) designa la oleada masiva de dimisiones que tuvo lugar en Estados Unidos entre primeros de 2020 y julio de 2022: 47,7 millones de trabajadores en 2021 y 50'5 millones en 2022 abandonaron sus empleos alegando causas de desmotivación, insatisfacción personal, burnout, sobrecarga de trabajo, estrés o cambio de prioridades (Echarri 2023; Green 2023). El confinamiento durante la pandemia del COVID sirvió para romper la fantasía del trabajo como estructura y fuente de valor de nuestras vidas y confrontó a la población con una vida material miserable que durante demasiado tiempo se había sacrificado por un trabajo que simbólicamente valía mucho más que aquella. El trueque ya no valía la pena, y la gente se puso del lado de la vida.

Las discriminaciones estructurales de la sociedad estadounidense se hicieron patentes en la Gran Renuncia, y dejaron antes sus trabajos y en mayor número quienes tenían empleos más precarios: muchas más mujeres que hombres (Hozic y Sun 2023; Green 2023), habitualmente debido a la sobrecarga de trabajos de cuidado no remunerados, y mucha más población racializada con trabajos manuales y de baja cualificación, pese a que los principales medios no incluyeran estos datos en su narrativa (Collins 2022) y pese a que, según otros medios (Aviles 2021), buena parte de la población racializada no podía permitirse dejar sus trabajos. Las tasas más altas de dimisión se produjeron en empleos de alojamiento y restauración y de venta al por menor según el Bureau of Labor Statistics (Gittleman 2022). En definitiva, la mirada de dimisiones que conforman la Gran Dimisión se han concentrado en sectores laborales de alto contacto y baja remuneración (Hozic y Sun 2023).

En el caso del territorio español, las renunciaciones aumentaron un 170% en 2022, con alrededor de 70.000 bajas registradas según los datos de la Seguridad Social. Aunque estos datos son notables y hablan de una importante oleada de dimisiones, no son comparables con el caso estadounidense, y por ello la ministra de Trabajo y vicepresidenta del gobierno español, Yolanda Díaz, no tardó en declarar que en España no había Gran Renuncia. Hay dos cuestiones aquí en juego: en primer lugar, que el mercado laboral español es mucho menos ágil que el estadounidense y premia la permanencia en el trabajo. En segundo lugar, como observa Núñez (2023), en el caso español las dimisiones podrían ser casi un privilegio de clase, a diferencia del caso estadounidense. Deja su tra-

bajo quien puede, quien tiene una red afectiva o un colchón económico, mientras que se mantiene en su trabajo quien no tiene otra alternativa.

En este sentido, se extraen dos lecturas principales de la Gran Renuncia: la primera señala que la razón principal de la Gran Renuncia es la precariedad del trabajo, aguzada por la pandemia. Así, Hozic y Sun observan que “antes que una cuestión de elección o de conciliación de la vida laboral y familiar, las estadísticas sugieren que las mujeres y las minorías han sido expulsadas del mercado laboral tras haber luchado contra las presiones de la inestabilidad laboral, los riesgos de la atención sanitaria, la necesidad de cuidados y el burnout pandémico” (Hozic y Sun 2023). La prensa ha tendido a presentar un escenario casi heroico donde quienes renunciaban hacían valer su vocación y sus inquietudes personales, así como la promesa de una mejora laboral, por encima de la estabilidad y la seguridad del empleo. Este relato tiene una evidente connotación neoliberal, pues presenta a quienes dejan el trabajo como agentes insatisfechos que buscan crecer personalmente, escalar profesionalmente o redirigir su pasión a nuevos territorios de conquista laboral, sin importar la estabilidad o la seguridad de sus condiciones materiales. Las estadísticas estadounidenses contradicen esta paradójica interpretación neoliberal anti-trabajo al mostrar que es la precariedad salvaje la causa principal de las renuncias, arrojando a los trabajadores a un escenario más incierto y más riesgoso que el que ya habitaban. En el caso español, la precariedad es la causa principal de no renunciar, desmintiendo cualquier otro imaginario de lealtad al trabajo o cultura del esfuerzo.

Otra lectura plausible se ofrece sobre estos datos. El Bureau of Labor Statistics observa que, si bien las dimisiones del breve ciclo 2020-2022 fueron altas, no son las más altas de la historia reciente (Glittleman, 2022), pero sí destacan por su concentración: su crecimiento ha sido mucho más rápido de lo esperado. Esta fuente no identifica la causa de este drástico cambio en el ritmo de las dimisiones, que es el factor que estadísticamente justifica el nombre de “Gran Renuncia”: quizá se deba a las preocupaciones sanitarias, a las ayudas sociales, la creciente demanda de trabajos reproductivos, pero parece que ninguno de estos elementos es suficiente para justificar la oleada. Otras voces del espacio periodístico se han aprestado en rebautizar el fenómeno con *The Great Reshuffle* (Meister 2022) o *The Great Rethink* (Gulati 2022) habida cuenta de la vuelta a la normalidad que todas las estadísticas señalaban hacia finales de la primavera de 2022: la ola de dimisiones no fue sino una reorganización o redistribución del mercado laboral, o una pausa necesaria para pensar cuál era el lugar que el trabajo ocupaba en nuestras vidas, o quizá una tendencia a ocupar trabajos más aspiracionales y apuntalar una estructura laboral neoliberal, pero desde luego no una dimisión radical: desde luego, no supuso el gran cambio en la empleabilidad que estadistas y economistas, con Paul Krugman a la cabeza, preveían, y todo el mundo volvió al trabajo tras ese incidente que el afán de espectacularidad mediática tildó de “grande” (Krugman 2022, Goldberg 2022). Esta reinterpretación tiene el propósito de relativizar el alcance de la Gran Renuncia y desmerecer su impacto en la cultura del trabajo: es un canto a la normalidad y su virtud narcótica y acomodaticia. Y, sin embargo, sigue sin quedar claro por qué, con mayor o

menor aguante, con unos trabajos u otros, tantos millones de personas decidieron, al unísono, que su trabajo no valía la pena, que la vida estaba en otra parte.

En junio de 2022, Beyoncé publicó su canción “Break My Soul”, una llamada al empoderamiento, al abandono de las opresiones del trabajo y la liberación del tiempo, la rabia, el amor y todo lo que el peso del estrés aplastaba. La lucidez de Beyoncé pasa por vincular directamente el trabajo con las pasiones, como si la productividad no fuera, hoy en día, sino una forma de gobernar el deseo, de explotar nuestra energía libidinal. El modo que elige Beyoncé para la revolución es el de la renuncia: “You won’t break my soul”, le grita con firmeza a las cargas del trabajo, en el entendido de que es el alma, y no tanto el cuerpo, aquello que el trabajo explota, el nutriente primero de la productividad contemporánea. En las siguientes páginas nos proponemos explicar el carácter acontecimental y el alcance político de la Gran Renuncia como un cambio radical en nuestra relación afectiva con el trabajo. Si la Gran Renuncia es determinante, nos aventuraremos a pensar, es como revolución de las pasiones. Quienes protestan en la Gran Renuncia, como dijera Deleuze y Guattari hace medio siglo, son los inconscientes. La Gran Renuncia se presenta, así, como una huelga afectiva, y se vincula como tal con otros acontecimientos como las huelgas feministas o el movimiento chino Tan Ping: en todos ellos comienza a germinar un deseo postcapitalista, la era de la anti-ambición.

2. El trabajo en la era del capitalismo afectivo

Una de las principales características del sistema socioeconómico contemporáneo que da en llamarse neoliberalismo es el particular rol que desempeñan las emociones. Eva Illouz ha observado el progresivo reconocimiento del impacto que su gestión tiene en el auge de la productividad desde que los experimentos Mayo que se desarrollaron en Chicago a finales de los años 20 del siglo pasado mostraron que el cuidado del vínculo afectivo del trabajador con su trabajo incrementaba su eficiencia mucho más de lo que la mejora de sus condiciones materiales en el puesto de trabajo podía hacerlo. Que las emociones sean un nuevo activo que interviene en el plusvalor supuso una progresiva revolución del espacio laboral a lo largo del siglo XX, un proceso que trató de capturar ese nuevo ingrediente de la productividad a través de departamentos de Recursos Humanos, coaches y atenciones psicológicas, team-buildings diversos y una miríada de dispositivos que entendían la comunicación como una tecnología de la gestión de las emociones que garantizaba su máximo aprovechamiento: el surgimiento del coaching ontológico y la generalización de la psicología positiva son la mejor prueba de ello (cf. Zangaro y Álvaro y Jacky Rosell en Álvaro 2023, 30-45, 77-99). Esta emotivización de la productividad en el sector laboral supone, a su vez, una productivización de las emociones en la esfera privada: el cuidado del equilibrio emocional, la búsqueda de emociones positivas y el rechazo de riesgos afectivos se tornan esenciales en la reproducción de la fuerza de trabajo, que expresa más que nunca su dimensión de reproducción emocional (Gotby 2023). Por ello Illouz observa que “el capitalismo emocional es una cultura en la que las prácticas y los

discursos emocionales y económicos se configuran mutuamente y producen lo que considero un amplio movimiento en el que el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico” (2007, 19-20). En esta perspectiva, la alienación laboral es también una alienación emocional: la motivación, el entusiasmo, la ilusión y, en general, el apego del trabajador por su empresa (sea por su identidad, por sus valores compartidos, porque sus colegas son “familia”, porque es su *dreamjob*, etc.) son parte de la fuerza de trabajo, la condición que marca la diferencia entre hacer y no hacer el trabajo.

Esta emotivización de la productividad está en la base de la subjetividad contemporánea, que Laval y Dardot denominan “sujeto-empresa” siguiendo los análisis de Foucault. “El blanco del nuevo poder”, observan los autores, “es la voluntad de realizarse a sí mismo [...], el deseo, bajo todos los nombres que se le quieran dar” (2013, 332). Si el sujeto ha de implicarse plenamente en su trabajo mediante un gobierno del deseo que confunde aspiraciones personales y profesionales, explotación y autorrealización, es en nombre de una libertad ilusoria que se desarrolla un vasto proceso de alienación que ya no entiende de límites entre esfera pública y privada, trabajo y no trabajo, y que estimula a los individuos a través del imperativo de lo máximo: es una economía libidinal del estrés, como podemos observar a partir de Sloterdijk (2011), y de toda una serie de dispositivos de seducción, como se mantiene el crecimiento productivo y, por tanto, la estabilidad, en la etapa actual del capitalismo. El trabajo nos pide lo máximo, lo más íntimo de nosotros: nuestra alma, nuestro amor, nuestras emociones desatadas. Son ellas las que van a garantizar nuestra velocidad, nuestra eficiencia, nuestras horas extra, la anulación de nuestro juicio crítico o cuestionamientos y protestas, la privatización de nuestro estrés para que trabajemos a todas horas y en cualquier momento, y entendamos nuestra incapacidad no como reflejo de una demanda infinita, totalmente excesiva, del espacio de producción, sino como una tara de nuestro proyecto y capacidades personales que hemos de atender (Fisher 2016).

Si en el capitalismo industrial el trabajo nos requería disciplina, ahora nos exige goce; si antes nos demandaba austeridad y obediencia, ahora nos insta al entusiasmo y a la superación; si antes valoraba la seriedad y la rectitud, ahora depreda nuestra euforia. El modelo laboral específico de la etapa actual es lo que Hong ha denominado un “trabajo apasionado”: el espacio productivo está vertebrado por una “estructura afectiva” que, a través de las tecnologías de gestión emocional mentadas, garantiza un intercambio entre trabajador y trabajo en favor de la inversión y productividad de su deseo. En el capitalismo industrial, clásicamente el trabajador vendía su fuerza de trabajo a cambio del sustento necesario para procurarse las condiciones materiales para una vida digna. Si ahora la fuerza de trabajo es, también, fuerza emocional de trabajo, deseo de sí, el retorno de este intercambio es también afectivo y contribuye a un equilibrio psíquico que no garantiza necesariamente el equilibrio material que era esencial en la etapa madura del capitalismo. Observa Hong:

These accounts share the assumption that people have, to varying degrees, been seduced into the fantasy of passionate work. The problem, following the shift from Fordism to post-Fordism, is that people have “traded” their wages, time, and job security (ideals assumed by Fordism) for a fantasy of

passionate work or self-exploitative pleasure. Terms such as “aspirational labor” (Duffy), “hope labor” (Kuehn and Corrigan), “venture labor” (Neff), and “glamorous labor” (Rosenblat) assert this dynamic, informing the ways that affect is directed toward the capture of labor power, usually through the production of false hopes. Certainly, the trade-off is more nuanced in its variations (Hong 2022, 4).

Los trabajos ofrecen aventura, prometen realización personal y garantizan crecimiento, promueven su marca a través de valores de solidaridad ética, feminista y medioambiental, nos aseguran flexibilidad y autonomía y tiempo libre. Pero tras la excitación de sus promesas se disimula un vacío y una deterioración progresiva de las condiciones materiales que procuran: sueldos peores, bonificaciones, temporalización de los contratos, falsos autónomos o “consultoría”, etc. Un intercambio afectivo (pasión por ilusión, motivación por esperanza, implicación por aventura) reemplaza al intercambio material como el principal acuerdo del espacio laboral. El trabajo agota nuestras pasiones, drena nuestras energías psíquicas, coloniza nuestros afectos, se apodera de nuestro deseo: la explotación se ha trasladado ahora al espacio afectivo, y por ello Berlant ha acuñado el término de “optimismo cruel” (2020) para designar los modos en que las personas se mantienen vinculadas a formas de vida que comprometen su malestar.

Berardi ha observado este proceso de emotivización de la productividad y el tránsito del gobierno disciplinario del cuerpo al gobierno seductivo del deseo en los siguientes términos, como un tránsito de un primer inconsciente neurótico a un inconsciente esquizofrénico:

En la era burguesa, cuando Freud fundó una disciplina destinada a comprender la dinámica del inconsciente, la neurosis gozaba (por así decirlo) de primacía, como patología inseparable de la civilización. La represión del deseo sexual, la obligación moral y social de vivir en condiciones que reprimieran la pulsión erótica produjo reacciones de tipo neurótico en sujetos incapaces de compensar la frustración de la libido con actividades supuestamente superiores [...] Más adelante, a finales del siglo XX, la dinámica psíquica cambió, cuando a la represión de la libido le sucedió una especie de desencadenamiento de las energías deseantes en condiciones de competencia y aceleración constante de la máquina psicoestimulante de los medios de comunicación globalizados. Durante cierto tiempo, la esquizofrenia ocupó, entonces, el centro de la atención de los psiquiatras, y pareció extenderse como una patología, pero también como un estilo existencial. (2024, 142-143)

Berardi retoma la perspectiva que inauguraran autores como Lyotard o Guattari hace medio siglo y se pregunta por la economía política libidinal del tardocapitalismo, para reconocer un estadio del espacio laboral que se caracteriza por la captura de la afectividad. El trabajo en las últimas décadas se torna trabajo afectivo; el agotamiento y la fatiga son, ante todo, cansancio afectivo, cansancio hedónico: no hay deseo que abarque tanto placer. De ahí que el estrés, entendido como la excitación máxima y sostenida de nuestro deseo, y su contracara, el *burnout* tal y como lo atienden autores como Han (2010) o Rosa (2019), sean al mismo tiempo el síntoma y la condición del trabajo en la era neoliberal. La violencia que siempre ha encarnado el trabajo es ahora ante todo una ofensiva sensible. En esta situación, el clamor de Beyoncé cobra todo su potencial anti-trabajo: no romperás mi alma.

3. La era de la anti-ambición

Es en este marco de explotación afectiva donde mejor puede leerse el alcance del acontecimiento de la Gran Renuncia: esta es una contraofensiva sensible, una forma de resistencia afectiva a la explotación laboral de nuestro deseo. Como tal, constituye un cambio en nuestra sensibilidad y un desgarramiento de la fantasía del trabajo como plena realización de uno mismo: marca el tránsito de la hiperestimulación al hartazgo, de la euforia a la depresión, de la hiperactividad a la impotencia (cf. Virno 2021). Esta impotencia generalizada se convierte en potencia-de-no en acontecimientos como la Gran Renuncia, es un *passage à l'acte*, la activación de las fuerzas para rendirse y desertar. Franco Berardi lo ha tildado de “psicodeflación” al pensar la generalización de la depresión y del agotamiento como disposición afectiva a partir de la pandemia. En sus palabras:

A partir de este desmoronamiento debemos volver a plantear el problema psicopolítico de la depresión como resignación creativa ante el derrumbe de todos los valores (los económicos y los ideológicos) que motivaron la acción en los siglos modernos. Es a partir del derrumbe que debemos imaginar. Una imaginación de lo unimaginable es la cura psicopolítica que estamos buscando en esta fase de psicodeflación, y del consiguiente caos.

Se trata de interpretar la depresión en sintonía con el agotamiento de los recursos físicos y nerviosos que hicieron posible la historia de la civilización, como una deserción activa de la obligación de crecimiento [...] (2024, 149).

Fernández-Savater glosa esta valoración leyéndola como una retirada del deseo: “Un apagón libidinal, una caída de las ganas, una cierta apatía, pero también la fuga de los lugares donde la energía deseante estaba capturada hasta ahora: competitividad, consumo, éxito, auto-realización. Antes, contra la represión, liberación. Ahora, contra la presión, deserción. [...] una relajación y una ralentización de la vida, que busca su reconciliación con otros tiempos y otros ritmos, otros espacios y lugares, otras necesidades y deseos” (2024, 93-94). Esta retirada generalizada del deseo supone un cambio decisivo respecto del relato del líder que se supera a sí mismo que imperaba a finales del pasado siglo y en las dos primeras décadas del presente.

De este modo, este cambio desafía la racionalidad neoliberal al menos de tres formas. En primer lugar, supone una quiebra del optimismo cruel: el malestar y la impotencia pesan demasiado para que la fantasía de la realización personal-laboral equilibre la balanza. A partir del confinamiento, hubo un desplazamiento de la pregunta sobre el trabajo ideal al cuestionamiento de por qué nuestras vidas no valen la pena en la era del entusiasmo y el júbilo. El pesimismo se generaliza y se torna un acicate para la lectura crítica de la precariedad que subyace tras las pasiones por el trabajo. La placidez releva a la euforia, el malestar se impone ante la agitación.

En segundo lugar, este desplazamiento prioriza los vínculos y los cuidados por encima de la carrera o la marca personal: entiende más que nunca que lo íntimo es político, y que el espacio público-privado, asediado por las lógicas neoliberales de la competencia, es una zona de fragilidad, sobreexposición y daño. La retirada entonces consiste en vol-

verse irreconocible, incógnito y anónimo, centrarse en cultivar todos aquellos vínculos que amenazan con economizarse como relaciones de socios, o romperse. En este punto, resulta llamativo que ni Berardi ni Fernández-Savater vinculen sus aportes sobre la psicodoflación con las reflexiones feministas sobre los cuidados (Care Collective 2021), la abolición de la familia (p. ej., Lewis 2022) o la necesidad de pensar una afectividad diferente habida cuenta de los vínculos que autoras como Segato han señalado entre masculinidad, violencia y competitividad (2016). En este sentido, habríamos de considerar el deseo poscapitalista o el afecto de la anti-ambición desde una perspectiva feminista que ahonde en una ontología no neoliberal y en una lógica de la relación basada en la incompetencia y el cuidado horizontal o “promiscuo” (Care Collective, 2021).

The New York Times señaló un nuevo afecto que se encarnaba en la oleada de dimisiones masivas: la anti-ambición. Sotenemos aquí que la anti-ambición es una de las pasiones de ese deseo poscapitalista que Mark Fisher pensaba en sus últimas clases (2024). Así, como deseo poscapitalista, la anti-ambición aspira a desbaratar la economía libidinal de la excitación que constituye la base micropolítica de los sistemas capitalistas desde el imperativo de lo máximo. Como tal, en la Gran Renuncia subyace aquello que Gago denominaba “potencia feminista”: “La potencia feminista es capacidad deseante. Esto implica que el deseo no es lo contrario de lo posible, sino la fuerza que empuja lo que es percibido colectivamente y en cada cuerpo como posible. Por eso, el título de este libro quiere ser un manifiesto de esa potencia indeterminada, que se expresa como deseo de cambiarlo todo” (2019, 15). La Gran Renuncia se caracteriza, como acontecimiento, por actualizar el afecto de la anti-ambición, una psicodoflación o retirada del deseo que, ante todo, constituye un deseo de desobediencia, una subjetividad imprevista que aspira a cambiarlo todo a través del rechazo y la renuncia allí donde se le sometía a través de la seducción y la aceptación sin límites. Si bien Svend Brinkmann tiene razón en *The Joy of Missing Out* (2019) al señalar la emergencia de una nueva ética y unos nuevos valores sociales, que estarían en coherencia, en un plano consciente, con la emergencia del tercer inconsciente que señala Berardi (2022), nos distanciamos de su posición cuando propone la moderación como nuevo eje axiológico para una ética no neoliberal. Se diría que hay un retroceso nostálgico de Brinkmann a un momento capitalista en que era la austeridad y la contención la medida de todos los valores y afectos, una austeridad que, como moderación, trata de reencantarse. Pero no es hacia atrás hacia donde se dirige la Gran Renuncia (nostalgia del pasado), y tampoco se dirige hacia adelante (euforia por el progreso). Se dirige a otro lugar, un lugar que no conocemos, y que debemos inventar durante nuestro viaje.

Aquí sostenemos que el JOMO, la alegría de perderse cosas (*the joy of missing out*), puede ser índice de una revolución afectiva contra el FOMO (*fear of missing out*), que Mark Fisher denominó “hedonia depresiva” y que Deleuze pensó a través de la adición del sujeto a los flujos de estímulos y placer como una forma de control biopolítico distinta de la disciplinaria. Abrazamos con Brinkmann el JOMO, pero aquí lo entendemos como una teoría política de la renuncia, y preferimos vincular los hallazgos de Berardi y Fernández-Savater con la propuesta de Gago, que entiende que lo que está en juego es un “deseo de cambiarlo todo”, una forma otra de vivir centrada en el cuidado.

Estos cuidados, siguiendo a Lewis o a Care Collective, no vienen de la moderación, sino que articulan una (an)economía del derroche y la promiscuidad: más allá de la competencia y la superación no está la moderación y la contención, sino la abundancia y una gestión diferente de los recursos y las energías libidinales. El decrecimiento no habría de contribuir a la moderación o a una gestión de la escasez, sino al cese del extractivismo y de la concentración de los recursos como grandes fortunas: esto es, es un ataque directo al capital a través de la redistribución, consiste en una política afectiva de la abundancia.

De este modo, la performatividad del rechazo vincula la Gran Renuncia con los paros y huelgas feministas que desde 2017 sacuden el globo. “Hay un tiempo del paro”, observa Gago, “que es efectivamente una puesta en práctica de un rechazo: una forma de decir basta a la violencia y al modo en que nuestro tiempo se nos escapa de las manos; un rechazo al agotamiento físico y psíquico que sostiene precariedades extenuantes; un ‘no’ a las formas en que esa multiplicidad de tareas no se traduce en autonomía económica y se refuerza más bien como trabajo obligatorio y gratuito. Un rechazo a la invisibilidad de nuestros esfuerzos y labores cuando comprendemos que esa invisibilidad estructura un régimen político que se sostiene en el desprecio sistemático de esas tareas” (2019, 37). Estos acontecimientos van dándole cuerpo, a través de sus manifestaciones, marchas, consignas y eslóganes, a una gramática del deseo no neoliberal, a una forma otra de habitar afectivamente el mundo. Su blanco principal es el papel del trabajo como centro de gravedad de nuestras vidas.

La Gran Renuncia se nutre de las paradójicas energías del cansancio, hace fuerzas de flaqueza, torna la impotencia en potencia de no, en fuerza para rendirse y renunciar. Es una vindicación del decrecimiento, pero no de la moderación; se dirige contra el capital y el drenaje psíquico, pero aspira a la abundancia, a una forma de desear otra, no sostenida por el requerimiento de la superación constante ni ansiada en la competitividad. El afecto que trae la Gran Renuncia es el de la anti-ambición, el cuidado promiscuo, la incompetencia: rompe el vínculo afectivo con el trabajo, reconoce en él la explotación y no la fantasía, guarda para la vida unas fuerzas que antes le entregaba con entusiasmo, impone un límite a su colonización de todas las dimensiones de la vida. Si eran el entusiasmo, la euforia o la ilusión las pasiones alegres intensas que la productividad neoliberal requería, y que estaban en la base del estrés y el burnout contemporáneo, podemos denominar pereza a esta afectividad disidente vinculada a la anti-ambición y al cuidado promiscuo.

La pereza, tal y como he desarrollado en *Metafísica de la pereza* (2022), se asocia por el latín (*pigrítia*) a la debilidad, y por ello rima con aquello que Derrida llamó “fuerza vulnerable”, insigne heredera de la “violencia divina” de Benjamin y de “la fuerza de no hacer nada” de Duras, y así arma “formas precarias de protesta” (Rebollo-Gil en Zambraña 2022, 136) o desencadena prácticas de deserción (Pal Pelbart 2009; Berardi 2024). La pereza, también, se asocia por el griego a la falta de cuidado (*acidia*), y por ello articula relaciones de desacato, desobediencia y rechazo: descuida la economía de la razón neoliberal, calma sus deudas sin colmarlas. Creo que la pereza es un deseo de desobediencia, un derroche del cuerpo, una disrupción de la economía libidinal de la excitación, una brújula afectiva para descolonizar el inconsciente. La pereza se siente cuando se reconoce empáti-

camente el malestar estructural, y cuando se entiende el cansancio como violencia y como lo que el optimismo cruel desatiende; es un vínculo desde abajo que desgarrar la fantasía identitaria del empresario de sí mismo y de la vida como proceso vertical de realización. Desacato de la productividad y de su connivencia con un régimen de la diferencia sexual.

Es cierto que parar hoy no se puede (como debes alcanzar lo máximo, no pararás, porque el estrés no nos deja parar) y la pereza es imposible en nuestros días: somos incapaces de computar el paro en la economía libidinal de la excitación y el sobre esfuerzo neoliberales a los que la culpa nos acostumbra. Pero esta imposibilidad no es sino un efecto del realismo capitalista, de la entronización de la lógica capitalista como principio de realidad, al decir de Zupancic. La pereza es imposible, y por eso, siendo realistas, es lo que más nos conviene. Es imposible, pero hay mucha, hay tanta como impotencia. Si hay empatía con el dolor de los cuerpos, la impotencia salvaje de nuestros días puede tornarse en potencia-de-no, en el clamor del rechazo y la renuncia.

No es performativa la pereza, porque por ella ni el lenguaje ni los cuerpos operan, pero sí es aformativa, esto es, destituyente, como diría Hamacher. Y por ello la pereza no tiene tanto que ver con la voluntad del sujeto culposo, sino con el deseo del cuerpo revoltoso o el suspiro del cuerpo dolido. Marchart emplea el término “fuerza asubjetiva de negatividad” (2024) para pensar una ontología política del conflicto de ascendencia populista, y me parece acertado para designar la pereza del cuerpo cuando hace temblar el sujeto que lo gobierna. La pereza, como fracaso y desacato del mandato de goce infinito, es otra gramática del deseo, pero una gramática se escribe: tiene sus prácticas y sus ritmos, ejecuciones materiales bien precisas y por inventar.

De ahí el vínculo entre el cuerpo (deseo y no voluntad), la pereza (fuerza y no violencia), y la imaginación (lo imposible y no la utopía). La pereza hay que inventarla, al decir de Jordana (2017), y sobre todo hay que encarnarla. Cuando se despliega como protesta, la pereza recupera esa fuerza creativa y esa vocación artística que durante demasiado tiempo ha secuestrado el capitalismo neoliberal en nombre de nuestros deseos. La pereza es esa potencia afectiva que, sea como forma de relación o como performatividad destituyente, como cuidado promiscuo o protesta colectiva, encarna ese clamor de la vida contra todo lo que la abate que, con Beyoncé, dice “no romperás mi alma”.

4. Un acontecimiento todavía no ha ocurrido porque aún está pasando: por una revolución afectiva

Habitualmente, consideramos un acontecimiento como ese suceso que solo retrospectivamente presenta sus condiciones de legibilidad: un acontecimiento es improbable e impensable, y por ello mismo cuando tiene lugar desvela los límites de nuestra lógica y nuestros valores al quebrar un relato de la historia que no lo comprende. Solo *après coup*, solo hacia atrás, podemos entender la importancia de un acontecimiento, ese momento en que el tiempo está fuera de sus goznes. Es por ello mismo que Deleuze y Guattari sostenían que Mayo del 68 todavía no ha tenido lugar: “L'événement lui-même est

en décrochage ou en rupture avec les causalités: c'est une bifurcation, une déviation par rapport aux lois, un état instable qui ouvre un nouveau champ de possibles. [...] l'événement lui-même a beau être ancien, il ne se laisse pas dépasser: il est ouverture de possible. Il passe à l'intérieur des individus autant que dans l'épaisseur d'une société" (2007, 23). Mayo del 68 todavía no ha ocurrido porque seguimos pensándolo, seguimos teniendo ante nosotros la tarea de inventar una subjetividad y una sociedad a la altura de las exigencias que allí cobraron forma: vivir de otro modo, amar de otro modo, sentir de otro modo, habitar la ciudad de otro modo, más allá de la sociedad del espectáculo entonces y ahora más allá del espectáculo de la desintegración (Wark 2013).

Marcuse denominó "Le Grand Refus" a la oleada de protestas que constituían el acontecimiento de Mayo del 68. Ese gran rechazo ponía fin, según el autor, a la represión que estructuraba la cultura y la sociedad y, por decirlo con Berardi, desbarataba la neurosis del inconsciente freudiano para abrirse a una nueva economía libidinal, a un régimen otro del inconsciente. Marcuse denominaba "liberación" a esta ruptura, un desacato radical que exigía repensar desde sus cimientos libidinales la sociedad que alumbraba la segunda mitad del siglo XX. Escribía Marcuse:

Al proclamar la "impugnación permanente" (*la contestation permanente*), el Gran Rechazo, reconocen la marca de la represión social, aun en las manifestaciones más sublimes de la cultura tradicional, incluso en las manifestaciones más espectaculares del progreso técnico. Ellos han erguido otra vez a un fantasma (y esta vez es un espectro que no sólo espanta a la burguesía, sino a todas las burocracias explotadoras): el espectro de una revolución que subordina el desarrollo de las fuerzas productivas y los niveles de vida más elevados a los requerimientos para crear la solidaridad del género humano, para abolir la pobreza y la miseria más allá de todas las fronteras y los ámbitos de interés nacionales, para obtener la paz. En una palabra: ellos han sacado la idea de revolución fuera del continuum de la represión, y la han situado en su auténtica dimensión: la de la liberación (1969, 9).

Mayo del 68 encarna el rechazo a un régimen del inconsciente y a una forma del deseo. Impugna un modo de estar en el mundo y de producir formas de vida: constituye la gran revolución afectiva del siglo XX, entiende que, para cambiarlo todo, hemos de cambiar nuestros afectos. Si todavía no ha tenido lugar, es porque Mayo 68 todavía no se ha acabado y sus exigencias siguen visitándonos y asediándonos como un espectro, desafiándonos a cambiarlo todo (cf. Lachaud 2009). La Gran Renuncia, como observa Fernández-Savater (2024), es una actualización del Gran Rechazo: la pugna por salir de la esquizofrenia, el paso de un régimen del inconsciente a otro por venir, la liberación del deseo de sus demandas infinitas, el momento en que la impotencia de la depresión generalizada se torna en potencia-de-no: una enmienda a la totalidad. Como quien desierta en una guerra muestra su radical desacuerdo con los valores que la animan, y entiende que ganar o perder la batalla son dos posiciones de la misma aquiescencia con las reglas de juego, así la Gran Renuncia es una desertión de la estructura afectiva del trabajo en la sociedad neoliberal: constituye la revolución afectiva del siglo XXI. Ciertamente, la gente seguirá trabajando, porque lamentablemente no tenemos más remedio, pero su deseo estará en otro lugar, su corazón ya no latirá en el pecho del empresario, al decir de Marx, sino en otra parte, inalcanzable. Y esta reorientación del deseo es el motor de un cambio

profundo que anima a pensar la sociedad y las ciudades más allá de la familia, más allá del trabajo, más allá de la conectividad. Aprendimos a odiar nuestro trabajo a principios del siglo XX, nos enamoramos de él a finales. En esta tercera década del siglo XXI, cultivamos la rabia o el asco, la indiferencia y el desenamoramiento en nuestros puestos de trabajo.

“Los alzamientos populares”, escribe Oliver Marchart, “no acaban cuando la mayoría cree que acaban. Las luchas continúan en un plano latente, subterráneo, y es imposible prever sus efectos a largo plazo [...] basta con volver la mirada hacia las protestas de Nuit debout de 2016 y al movimiento de los “chalecos amarillos” surgido en Francia en 2018, o a las protestas que se desplegaron en los Estados Unidos como consecuencia de la elección de Donald Trump, para darnos cuenta de que seguimos viviendo en el momento histórico de 2011. Después de todo, 1968 no concluyó en el ‘68” (2024, 16-17). Pese a que todos los medios y políticos se hayan aprestado a relativizar su importancia y a declarar su muerte, la Gran Renuncia sigue ocurriendo a través de las huelgas feministas, de las manifestaciones contra el retraso de la edad de jubilación en Francia durante el verano de 2023, a través del movimiento chino Tan Ping. En fin, pervive a través de todos los debates sociales que pueblan las redes y que atienden la precariedad y recelan del entusiasmo por el trabajo, desean la calma de estar en casa y no un trabajo ideal, atienden a la subida desmesurada del alquiler de vivienda y a la gentrificación de las ciudades y no a las marcas personales o al consumo de experiencias.

Puede que la Gran Renuncia ocurriera estadísticamente en cosa de dos años y se esfumara en pos de ese oscuro objeto de deseo que es la normalidad, pero en un sentido profundo, libidinal, todavía no ha tenido lugar: queda todavía mucho por rechazar, mucho por renunciar, mucho por liberar, mucho por desear y amar, más allá del placer y sus narcisismos laborales. Todavía tenemos que desertar de un sistema que captura nuestro deseo como garante de su productividad y perpetuación, y ahí seguimos inventando memes, debatiendo, marchando, manifestándonos, para armar esa bellísima desafección ante el trabajo, que trae un enamoramiento de una vida alegre, liberada de los absurdos imperativos de la realización y la operatividad. La Gran Renuncia acabó, según *The New York Times*, en julio de 2022, poco después de que Beyoncé lanzara “Break My Soul”, pero sigue en curso la revolución afectiva que ha inaugurado: una lucha horizontal, persistente y perezosa, para que el trabajo no nos rompa el alma ni nos drene el corazón. La Gran Renuncia no aspira a satisfacer nuestros deseos neoliberales ni nuestro emprendedurismo. Antes bien, es la exigencia de transformar el modo en que deseamos.

5. Bibliografía

- Álvaro, Daniel (2023): *Diseño de la vida, filosofía y neoliberalismo*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Aviles, Gwen (2021): “The so-called ‘Great Resignation’ isn’t a reality for many workers of color”, *Business Insider*, 04/12/2021, disponible en <https://www.businessinsider.com/people-of-color-arent-quitting-like-the-great-resignation-suggests-2021-12>

- Berardi, Franco “Bifo” (2024): *Desertemos*, trad. de Darío Bursztyn. Buenos Aires: Prometeo.
- Berardi, Franco “Bifo” (2022): *El tercer inconsciente*, trad. de Tadeo Lima. Buenos Aires: Caja Negra.
- Berlant, Lauren (2020): *El optimismo cruel*, trad. de Hugo Salas. Buenos Aires: Caja Negra.
- Brinkmann, Svend (2019): *The Joy of Missing Out. The Art of Self-Restraint in an Age of Excess*, trad. de Tam McTurk. Cambridge: Polity Press.
- Butler, Judith (2021): “Rastros humanos en las superficies del mundo”, *Lobo suelto*, 14/02/2021, disponible en <https://lobosuelto.com/rastros-humanos-en-las-superficies-del-mundo-judith-butler/>
- Collins, Michael (2022): “The Great Resignation narrative ignores the Black experience in America”, *HRDrive*, 25/07/2022, disponible en <https://www.hrdrive.com/news/the-great-resignation-narrative-ignores-the-black-experience-in-america/628033/>
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2007): “Mai 68 n’a pas eu lieu. Gilles Deleuze et Félix Guattari reprennent la parole ensemble pour analyser 1984 à la lumière de 1968”, *Chimères*, 2007/2, no. 64, pp. 23-24.
- Echarri, Miguel (2023): “El gran fracaso de ‘La Gran Renuncia’: por qué ya nadie se atreve hoy a abandonar su trabajo”, *El País*, 20/07/2023, disponible en <https://elpais.com/icon/2023-12-20/el-gran-fracaso-de-la-gran-renuncia-por-que-ya-nadie-se-atreve-hoy-a-abandonar-su-trabajo.html>
- Fernández-Savater, Amador (2024): *Capitalismo libidinal. Antropología neoliberal, políticas del deseo y derechización del malestar*. Barcelona: NED Ediciones.
- Fisher, Mark (2024): *Deseo postcapitalista*, trad. de Maximiliano Gonnet. Buenos Aires: Caja Negra.
- Fisher, Mark (2016): *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, trad. de Claudio Iglesias. Buenos Aires: Caja Negra.
- Gago, Verónica (2019): *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gittleman, Maury (2022): “The ‘Great Resignation’ in perspective”, *Monthly Labor Review*, U.S. Bureau of Labor Statistics, 07/2022, <https://doi.org/10.21916/mlr.2022.20>
- Goldberg, Emma (2022): “All of Those Quitters? They’re at Work”, *The New York Times*, 13/05/2022, disponible en <https://www.nytimes.com/2022/05/13/business/great-resignation-jobs.html>
- Gotby, Alva (2023): *They Call It Love: The Politics of Emotional Life*. Nueva York: Verso.
- Green Sarah (2023): “Gender inequality fuelling global ‘Great Resignation’ of women health workers”, *The Telegraph*, 25/10/2023, disponible en <https://www.telegraph.co.uk/global-health/women-and-girls/gender-inequality-great-resignation-of-women-health-workers/>
- Gulati, Ranjay (2022): “The Great Resignation or the Great Rethink?”, *Harvard Business Review*, 22/03/22, disponible en <https://hbr.org/2022/03/the-great-resignation-or-the-great-rethink>

- Han, Byung-Chul (2012): *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Hester, Helen y Srnicek, Nick (2024): *Después del trabajo. Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Hong, Renyi (2022): *Passionate Work. Endurance after the Good Life*. Durham: Duke University Press
- Hozic, Aida y Sun, Xiao (2023): "Gender and the Great Resignation", *Phenomenal World*, 28/01/2023, disponible en <https://www.phenomenalworld.org/analysis/gender-and-the-great-resignation/>
- Illouz, E., *Intimidaciones congeladas: las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires, Katz, 2007.
- Jordana, Ester (2017): "La gubernamentalidad socialista 'hay que inventarla': biopolítica, seguridad y neoliberalismo", *Kalagatos: Revista de Filosofía*, vol. 14, no. 2, pp. 191-229.
- Krugman, Paul (2022): "What Ever Happened to the Great Resignation?", *The New York Times*, 05/04/2022, disponible en <https://www.nytimes.com/2022/04/05/opinion/great-resignation-employment.html>
- Krugman, Paul (2021): "The Revolt of the American Worker", *The New York Times*, 14/10/2021, disponible en <https://www.nytimes.com/2021/10/14/opinion/workers-quitting-wages.html>
- Lachaud, Jean-Marc (2009): "Du 'Grand refus' selon Herbert Marcuse", *Actuel Marx*, vol. 45, no. 1, pp. 137-148.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013): *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona : Gedisa.
- Lewis, Sophie (2022) : *Abolish the Family: A Manifesto for Care and Liberation*. Nueva York : Verso.
- Marchart, Oliver (2024) : *Estética conflictual*, trad. de Juan Evaristo Valls Boix. Barcelona : NED Ediciones.
- Marcuse, Herbert (1969) : *Un ensayo sobre la liberación*, trad. de Juan García Ponce. México : Cuadernos de Joaquín Mortiz.
- Meister, Jeanne (2022): "The Great Resignation Becomes The Great ReShuffle: What Employers Can Do To Retain Workers", *Forbes*, 19/04/2022, disponible en <https://www.forbes.com/sites/jeannemeister/2022/04/19/the-great-re-shuffle-of-talent-what-can-employers-do-to-retain-workers/>
- Núñez, Noelia (2023): «Cuando la Gran Renuncia es un privilegio de clase: «La realidad es que hay facturas que pagar», *El País*, 16/02/2023, disponible en <https://elpais.com/smoda/trabajo/cuando-la-gran-renuncia-es-un-privilegio-de-clase-la-realidad-es-que-hay-facturas-que-pagar.html>
- Pelbart, Peter Pál (2009) : *Filosofía de la deserción. Nihilismo, locura y comunidad*, trad. de Santiago García Navarro y Andrés Bracony. Buenos Aires : Tinta Limón.
- Rosa, Harmut (2019): *Remedio a la aceleración. Ensayos sobre la resonancia*. Barcelona: NED Ediciones.
- Segato, Rita (2016): *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sloterdijk, Peter (2011): *Estrés y libertad*, trad. de Paula Kuffer. Buenos Aires: Godot.

- The Care Collective (2021): *El manifest de les cures*, trad. de Lourdes Bigorra. Barcelona: Tigre de Paper.
- Valls Boix, Juan Evaristo (2022): *Metafísica de la pereza*. Barcelona: NED Ediciones.
- Virno, Paolo (2021): *Sobre la impotencia. La vida en la era de su parálisis frenética*, trad. de Emilio Sadier. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Wark, McKenzie (2013): *The Spectacle of Disintegration: Situationist Passages out of the Twentieth Century*. Nueva York: Verso.
- Zambrana, Rocío (2022): “Interrupción subversiva”, en *Deudas coloniales. El caso de Puerto Rico*, trad. de Raquel Salas Rivera. Cabo Rojo: Editorial Educación Emergente.